

El remordimiento del perfeccionista

William Navarrete

HAY VERSOS QUE SE LABRAN LENTAMENTE, CON LA SABIDURÍA DE LAS tejedoras de antaño. Es un lujo similar al que exhibiría una hilandera de Alenzón que atesora puntadas tan certeras y de tan misteriosos motivos que nadie puede imitarles ya; una labor que nos hace contener el aire por miedo a romper la magia del hilar y a perder, tal vez definitivamente, la última entrega.

Así me ha parecido, desde las primeras lecturas (y me parece), la poesía de Nivaria Tejera (Cienfuegos, 1930). Quizás no debería revelarlo, pero la autora, inconforme siempre, no cesa de pulir los versos, aun cuando la imprenta arrogante los da por muertos, o por vencidos, una vez que ha arrojado sobre ellos el ojo del lector. Ahí, cincelandosobre lo impreso, expresa Nivaria el remordimiento del perfeccionista a quien le llega demasiado tarde (para ella nunca lo es) aquella palabra de escondrijo odioso, la certeza de la imagen que sobra o el silencio de una pausa que se escabullía antes. De este desafío, a la escritura y a sí misma, resultan victoriosos los versos que se despojan de sus carnes viejas para que no envejezcan, para que no mueran como letras muertas que nada dirían, entonces, mañana, al despuntar la aurora.

Es éste un primer acto de coraje. El otro, el que sí presentimos de tan sólo leerla por vez primera, es el de entrarle a la palabra con garras que se afinan abriéndose camino, procurándose instantes de respiro, en medio del jadeo de la extenuante búsqueda para ofrecernos una letra límpida, un edificio sólido: una obra de precisión aritmética e inteligencia vasta.

He aprendido de Nivaria a perderle el miedo a las palabras. A ensartarlas en el pequeño orificio de la agujeta que nos devuelve la sangre de la labor. Las palabras, las que se dicen o se escriben, las que trascienden la muerte y entierran gentilmente hasta al Todopoderoso que nos aplastaba. Queda esta prosa poética de Nivaria Tejera, que sería una lección de sensibilidad, un puente sólido para los indiferentes, si tuvieran al menos la humildad de bajar la vista para leerlas y entenderlas.